

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 29

A SANGRE Y FUEGO

15 ots.



Traidbase, pues, de una auténtica cuadrilla de atracadores...

A SANGRE Y FUEGO

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Via Layetana, 53.- Barcelona)

I

La licencia que nos han concedido es muy corta...

—¡Tres días!

—¡Apenas si tendremos tiempo de darnos cuenta de que nos hallamos en tierra firme! Tres días son un soplo, un relámpago... Al cabo de un año de dura brega a bordo, sujetos a una férrea disciplina, siempre entre mar y cielo, darnos tres días de libertad casi es una burla...

—¡No hay más remedio que resignarse, querido Bill!

—¡Cierto, camarada! ¡Vale más algo que nada! ¡En marcha!

—¿Adónde?

—¡No lo sé! ¡Dónde nos lleven nuestros pasos, el azar o la suerte, Chub!

—¿Pero conoces tú Brooklyn? ¿Has estado en él antes de ingresar en la Armada, alguna vez?

—¡Lo conozco como a mi propio rostro!

—Entonces por qué has dicho que no sabes dónde vamos a ir?

—¡Porque es verdad! Todavía ignoro dónde caeremos ambos con nuestros huesos...

Este diálogo lo sostenían dos marineros de la Armada yanqui, no lejos del puerto, por el cual deam-

bolaba una compacta multitud en la que figuraban seres de todas las razas de la tierra.

Ambos eran a cual más rebustos y arrogantes. Se expresaban con esa vehemencia, alegre y hermosa, propia de la juventud.

De pronto uno de ellos, Bill Corbill, el que asegurara conocer Brooklyn palmo a palmo, detuvo el paso, y cosiendo a su compañero por el brazo, declaró:

—Se me ocurre una idea!

—¿Cuál?

—Una magnífica y soberbia idea —añadió—. Pero, para llevarla a cabo es preciso saber de antemano qué *trigo* tenemos... ¡Hagamos, pues, el arqueo de nuestros bolsillos!... Los míos guardan tan sólo cuatro miserables dólares.

—¿Y los tuyos, Chub?

—Yo llevo varias docenas!

—¡Ricón! ¡Inmensamente, fabulosamente ricos! —exclamó Bill riendo ruidosamente—. ¡El mundo es nuestro! ¡Y Brooklyn, con todas sus seductoras bellezas, también!

—¡En marcha, camarada! ¡Tienes apetito?

—¡Vaya una pregunta!

—¡Ni una palabra más! ¡Vamos a comer! Antes de cinco minutos

nuestras robustas mandíbulas trabajarán de firme... Y después... bah, ¿quién sabe lo que a los mortales les reserva el destino tras el fugaz instante que pasa?

Esto diciendo, el animoso y alegre Bill reanudó la marcha, acompañando su andar al de su amigo y compañero, y unos momentos después entraban ambos en un amplio establecimiento, cuya atmósfera estaba impregnada de un acre olor a tabaco, a comida y emanaciones de alcohol y enardecedoras bebidas...

Llenábase una numerosa concurrencia entre la cual el menos lince podía advertir no pocos individuos de sospechosa estatura, siquiera predominasen los parroquianos cuyo aspecto y vestido denotaban la profesión de granjeros y tratantes de ganado a que se dedicaban.

El *Bar del Oeste*—así se llamaba el establecimiento en que se hallaban ya, sentados a una mesa, nuestros fornidos y simpáticos marineros—era de todos los de su clase, situados en las cercanías del puerto, el más antiguo y concurrido y el preferido por los negociantes que hemos mencionado.

Un camarero acudió con presteza junto a los recién llegados, preguntándoles qué deseaban.

—¡Comer! —respondió Bill—. Pero comer bien y barato! ¿Qué pueden ofrecernos?

—¡Aquí tienen la lista!

Los dos amigos examinaron el *menú*, eligiendo con rapidez varios platos.

—¿Y para beber?

—Cerveza negra.

No se vió sometido el voraz apetito de los dos marineros a una espera muy larga... El camarero com-

pareció en seguida y ellos dieron comienzo a su tarea.

Abundaban también en el *bar* las mujeres; unas ya de dudosos encantos olímpicos; otras en la flor de la juventud y en las que el vino no había logrado destruir su lozanía y seductora apariencia.

Club Barnet dirigía a éstas miradas incendiarias, miradas todavía más glotonas que las que solía tener para los exquisitos y nutritivos manjares con que iba llenando la andorga.

—¡Redíox! ¡Qué chica más guapa! —exclamó de pronto aludiendo a una lindísima joven que acababa de sentarse a la mesa más cercana a la que ocupaban ellos...

—¿Cuál?—preguntó Bill.

—¡Vuelve la cabeza y la verás!

Aquel obedeció el consejo en el mismo instante en que se acercaba a tan seductora muchacha un hombre corpulento y de antipático y brutal aspecto.

—¡Dichosos ojos los que te ven, amor mío! —saludó el sujeto en cuestión con una voz que semejaba el mugido de un toro.

La joven hizo un ademán irritado, respondiendo:

—¡Déjeme así! en paz!

—¡Imposible, alma mía! —respondió aquel desagradable sujeto—. ¡Tenemos que hablar y llegar a un acuerdo! ¡En una palabra, tenemos que ser buenos amigos!

—¿Quién es ese paparraco—preguntó Bill Corbett al camarero— que está hablando con tan precisa mufeca?

—Es un rancharo... un antiguo parroquiano de la casa...

—¿Y qué tiene que ver él con esa encantadora joven?

Encogióse de hombros el camarero, respondiendo...

— ¡Pachí! ¡Nada y mucho! Según parece fueron amigos unos días...

En aquel momento la voz irritada de la joven gritó:

— ¡Marchese! ¡No me importune más! ¡Es usted un grosero y un canalla!

El ranchero asió con una fuerte y burlesca carcajada tan enfurecidas palabras. Su semblante, sin embargo, y sobre todo sus ojos, ofrecían una expresión de cólera.

— ¡Tú no me conoces, pequeña! ¡Tú no sabes cómo las gusta Jack el *Puma*...! Pero si me enfureces... te arrepentirás...

Bill Corbitt abandonó su asiento y acercándose a sus vecinos, preguntó:

— ¿Se puede tomar parte en una contienda privada?

Una especie de rugido fué la inmediata respuesta que salió de los labios del *Puma*. Luego se puso en pie, barbotando:

— ¡Mil rayos! ¡Cómo te atreves a mezclarte en mis asuntos, insensato!

— ¡Porque quiero que usted demuestre su bravura con alguien más resistente y fuerte que esta débil y bonita mujer!

— ¡Apártate! ¡Vuelve a tu barco, si no quieres que te casque los huesos!

— ¡A mí, cobarde y sucio palurdo, crees poderme romper los huesos? ¡Pero si no vales ni para limpiarme el calzado!

La que se armó allí no es para describirla... Rodaron varias mesas con los vasos y botellas que contenían y a su estrépito se unió la algarabía de los concurrentes, formando un concierto infernal...

El fuerte puño de Bill Corbitt

golpeó en pleno pecho al *Puma*, tambaleando su recia humanidad y haciéndolo dudar de que si el golpe recibido había sido un puñetazo o un martillazo...

Le fué imposible contestar a la rápida y contundente agresión, pues el dueño del *bar*, secundado por varios camareros, se apresuraron a interponerse entre los contendientes.

Y el *Puma*, a pesar de proferir con voz estentórea amenazas e imprecaciones, no dejó de sentir en su fuero interno esa alegría con que todos los valentones acogen una intervención que los libra de un enemigo peligroso...

En tanto, la esposa del dueño había requerido por teléfono a la policía, y su astuto marido comenzó a anunciar con toda la voz de su garganta:

— ¡Señores! ¡Van a venir los guardias! ¡No comprometan ustedes mi honrada casa! ¡Cada cual a su sitio y aquí no ha pasado nada!

Estas alarmantes palabras, y sobre todo la convicción de su certeza, surtieron el efecto propuesto, porque malditas las ganas que tenía ningún parroquiano y tampoco los protagonistas de la reyerta referida de verse detenidos o molestados, o interrogados por los terribles agentes de la autoridad.

Así es que cuando éstos, en número de una docena, se presentaron en el *bar*, en éste reinaba la bulliciosa y licita algarabía de costumbre; el dueño, para justificarse declaró haber requerido el auxilio de la policía al ver entrar en su establecimiento una pareja de gallofos que ya se habían largado olfateando el peligro que los amena-

zaba, y los agentes volvieron sobre sus pasos...

En tanto, los dos marineros saboreaban una taza de aromático café y fumaban alegres y placente-

ros sus respectivas pipas; en compañía de la seductora y guapa Marión David, que así se llamaba la joven hacia la cual el *Puma* sentía una pasión tan violenta y salvaje...

II

—¿Qué hace ahí esa gente?—preguntó de pronto Chub Barnett, extendiendo la mano hacia un aposento situado a la derecha del *bar*, y que llenaba un apinhado grupo de personas de pie...

—¡Juegan!

—¡Hola! —exclamó Bill Corbitt.

—¿Conque hay aquí partidas de juego?

—¡Ya lo crea! ¡Y qué se cruzan, a veces, miles de dólares! Precisamente el *Puma*, aquel pedazo de bestia de quien me ha defendido, es un jugador empedernido...

—Voy a arriesgar unos dólares...

—dijo Bill poniéndose en pie—. Dame veinte... Chub...

—¡No juegue usted! —intervino la bella Marión agarrando con su blanca y linda mano un brazo del guapo y valiente marinero.

—¿Por qué?

—Perdería usted...

—¡Bah! ¿Quién lo sabe?

—¡Yo! ¡Un hombre no puede ser afortunado en lance de amor y de juego! —afirmó Marión con el acento sentencioso y rotundo de una antigua pilonisa.

—Pronto va usted a salir de su error. Venga usted conmigo, pues si la tengo a mi lado, la suerte me protegerá!

Unos momentos después los mari-

neros y la linda aventurera penetraban en la sala de juego...

Sobre una amplia mesa, cuyo centro estaba forrado con paño verde, se veía una verdadera fortuna en billetes y en monedas de oro y plata...

Todos los semblantes ofrecían para un sagaz observador una expresión de ansiedad, o de alegría, o de codicia, o de cólera, que en vano se esforzaban en disimular sus propietarios.

Según que el caprichoso y cruel azar los favoreciese o los perjudicase, la pupila despedían un centelleo de júbilo o de furor, las frentes se ensombrecían o se aclaraban y hasta los suspiros mismos eran más bien sordos ruidos de pesadumbre o apagados e imperceptibles gritos de triunfo.

Jugaban al *baccará*... tallando por turno todos los jugadores que podían disponer de doscientos dólares.

Bill Corbitt apostó su menguado caudal, doblando. Luego se jugó los cuarenta dólares y también le fué benévola y protectora la diosa fortuna...

—¡Me parece que vamos a salir de aquí casi tan ricos como Carnegie!

Unos minutos después su mano

derecha estrujaba un fajo de billetes que sumaban setecientos cincuenta dólares. Había dado seis golpes, como se dice en el argot del juego, a los veinte que le dejara su amigo Chub.

De pronto cruzó por su cerebro la idea de arriesgar esa pequeña fortuna como banquero, y seguro del éxito, con esa certeza que algunas veces tienen los jugadores en su buena estrella, dijo en voz alta:

— ¡Tanto seiscientos dólares!

Como nadie sobrepasara esa cantidad, el audaz marinero tomó el asiento que le cediera uno de los jugadores.

A su lado estaba el *Ponsa*, y apenas corrió la baraja y puso Bill el dinero sobre la mesa, declaró:

— ¡Copo!

Nuestro marinero le dió dos cartas, guardándose él otras dos.

— ¡Seis! — cantó el ranchero.

— ¡Siete! — repuso Bill.

— ¡Vuelvo a copar! — dijo aquél, extrayendo de su cartera mil doscientos dólares que depositó sobre la mesa.

En medio del más completo silencio, las ágiles manos de Bill repusieron los naipes, y apenas vió los suyos, el brutal personaje profirió una furiosa blasfemia y luego declaró:

— ¡Uno!

Las dos cartas de Bill eran un caballo y un tres, es decir, que aquella jugada la ganó también por dos puntos de ventaja.

La linda Marión y Chub inclinaron sus rostros radiantes de alegría hacia su afortunado amigo, uno a cada lado.

— ¡No juegues más, querido! — le reprochó ella.

— ¡Retírate, camarada! — le instó él.

Pero Bill hizo varios gestos de negativas.

— ¡La suerte está de mi parte y es necesario aprovecharla!

— ¡Quien todo lo quiere, todo lo pierde!

— La ambición perdió a Napoleón! — le murmuraron sus amigos al oído.

— ¡Dejádome hacer!

— ¡Vuelvo a copar! — gritó el *Ponsa* cuya frente sudaba copiosamente.

Al mismo tiempo vació su cartera, que contenía poco más de la cantidad de dos mil cuatrocientos dólares que Bill tallaba.

Por tercera vez el azar favoreció al marinero. Un murmullo de estupor circuló entre la concurrencia, y sobre ese murmullo que en todas las salas de juego suele originar quien de un modo tan continuo se ve favorecido por la suerte, oyóse blasfemar y maldecir la recia voz del *Ponsa*:

— Maldito sea el cielo! ¡Estoy arruinado! Has tenido más *chance* que yo... ¡Tienes más suerte que una loba, más que un gitano! ¡Y yo me jugaría contigo la vida! — añadió asesando a Bill una mirada feroz.

Este sonrió con desprecio, declarando:

— Bah! ¡No creo que tu pellejo valga ni cinco centavos!

Como hubiera además de recoger los billetes, el *Ponsa* exclamó:

— ¡Espera!

— ¡Por qué?

— ¡Vuelvo a copar!

— ¡Pero si no tienes dinero, si estás más pobre que una rata!

— ¡Te equivocas! ¡Todavía soy propietario de un rancho! ¡Me lo juego contra el dinero que hay en la mesa, aunque vale algo más!

—¿Y a mí quién me garantiza que es verdad lo que dices?

—¡Soy muy conocido aquí! ¡Eh, Barnum! — llamó con voz resaca el *Puma*.

Audió el dueño del *bar*.

—¿Soy o no propietario del *Rancho de los Sustos*?

Aquél contestó afirmativamente, inquiriendo luego a su vez:

—¿Por qué preguntas una cosa que todo el mundo sabe de sobra?

—Porque me voy a jugar esa finca contra los cuatro mil seiscientos dólares que hay en la banca...

—¡Ya puedes hacer juego, barbián! — invitó a Bill Corbitt.

En medio de una emoción y de una ansiedad inenarrables, nuestro marinero repartió las cartas.

—¡Ocho! — gritó el *Puma* con su sudorosa y lívida fisonomía resplandeciente de júbilo.

Pero pronto esa expresión fue reemplazada por otra, sombría, desesperada, furiosa.

Bill le ganaba por un punto; tenía nueve, o sea, las mejores cartas que se pueden tener en el juego del *baccará*...

El *Puma* quedaba inerte y silencioso, en los ojos un fulgor de locura, como aplastado y aniquilado...

—Ahora es preciso que haga usted honor a su palabra — le dijo el marinero con voz sossegada —, entregándome un documento escrito y firmado de su puño y letra, en el cual, yo, Bill Corbitt, aparezca como propietario de su finca. Dos de los presentes firmarán como testigos...

El *Puma* no hizo un movimiento ni articuló el más leve sonido. Parecía haber perdido la facultad de mover un solo músculo y el uso de la palabra.

Todos esperaban el desenlace de aquel dramático episodio con una curiosidad enorme.

No eran pocos los que suponían que el feroz y peligroso *Puma* se negaría a consumar, por su propia voluntad, su pobreza.

Vislumbraban una nueva reyerta entre los dos hombres, originada por el oro...

Sin embargo, estas suposiciones no podían ser más equivocadas.

Saliendo de su inercia y haciendo un violento esfuerzo para reaccionar contra aquella especie de aniquilamiento que paralizaba su cuerpo y su pensamiento, el *Puma* dijo:

— ¡He jugado y he perdido! ¡Justo es que pague!

Y viendo ya sobre la mesa, a su lado, el recado de escribir que acababa de traer el dueño del *bar*, cogió la pluma y con mano un tanto insegura, pero con letra bien inteligible, comenzó a escribir:

«Declaro que a partir de la fecha de hoy el propietario de mi Rancho de los Sustos, situado en Wyoming, es Bill Corbitt.»

«En Brooklyn, a 10 de junio de 1927.»

«BUFFALO ROB, EL «PUMA»»

Cuando hubieron estampado al pie de estas breves líneas su firma y su cólice Barnum y otro testigo, el marinero lo cogió y agitando lo en el aire como un trofeo dijo a sus amigos:

—¿No os anuncié que hoy seríamos un poco millonarios?

Habíase ya metido el dinero en el bolsillo, y escoltado por la bonita Marion y su camarada Chub, abandonó el salón del juego, en medio de un confuso murmullo.



... tendidos en el suelo como las bestias...

Sentáronse los tres a una mesa y Bill quiso celebrar tan fausto suceso descorchando una botella de champaña...

Luego de brindar y echarse al cuello una copa del espumoso y dorado zumo, Bill preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Vaya una pregunta!—exclamó Marión mostrando al sonreír una doble hilera de pequeños y perlados dientes, capuros, ampero, de tener una fortuna—. ¿Qué hemos de hacer? ¡Divertámonos! ¡Gozar!... ¡Somos ricos!

—Yo creo que deberíamos visitar el rancho!—propuso Chub.

—Aceptado!

—Sin olvidar que dentro de tres días hemos de regresar al barco...

A SANGRE Y FUEGO

Interpretado por el famoso y valiente caballista **BUFFALO BILL**



... el policía penetró en aquel momento...



... la sujetaban entre los dos marineros.

—¿A qué barco?—preguntó Marión.

—Al nuestro... Somos unos pobres marineros y sólo tenemos libertad durante tres días...

—¿Tú no vuelves a bordo? ¡Oyes! Te lo digo yo!—dijo la seductora muchacha envolviéndola en una mirada acariciadora—. ¡Ya lo sabes! ¡Eres condenada a no separarte de mi persona durante mucho tiempo... quizás toda la vida! ¿No te gusta esa sentencia?

—Ciertamente sí! Me gusta tanto como tú... Y creo que lograrás hacernos olvidar mis deberes de marinero.

—¡Viva mi dueño!—exclamó jubilosamente la encantadora y peligrosa sirena abrazando a Bill.



... se acercó a la joven que ocupaba el colador...

En aquel momento se acercó el dueño del *bar* y nuestro marinero le dijo:

—¿Está muy cerca Wyoming, verdad?

—Sí... A menos de dos kilómetros, detrás del depósito de máquinas...

—¿Entonces ya puede usted buscar un *auto* que quiera llevarnos y decir lo que se le debe a usted?

—Cuarenta dólares...

Bill pagó la cuenta.

—Permítanme les dé un consejo.

—¿Cuál?

—¿Piensan ir al *Rancho de los Sustos*?

—Exactamente.

—Absténganse ustedes de visitar aquellos lugares de noche...

—¿Bah!

—Háganme caso... porque allí ocurren cosas tan extraordinarias como peligrosas...

El animoso y valiente Bill declaró:

—Se agradece su consejo, pero no lo aceptamos... Aunque supiera que en ese pueblo iba a salirnos al encuentro una legión de diablos no desistiría de visitarlo esta misma noche...

Como oyera este diálogo un chofer que estaba bebiendo cerveza en una mesa contigua, se apresuró a ofrecer sus servicios.

—Tengo que cruzar por Wyoming con mi coche y puedo llevarlos a ese pueblo si ustedes quieren!

—¡No hay más que hablar! ¡En marcha!—exclamó Bill poniéndose en pie.

Al cabo de unos minutos llegaban a Wyoming. Como en todas las poblaciones cercanas a las ciudades bulliciosas y grandes, reinaba en ella bastante animación.

Hacia una hermosa noche, en la cual la luna esparcía una luz nítida y suave.

Los dos amigos descendieron en la primera calle, larga y concurrida, que enfrió el coche, y luego de entregar al chofer un par de dólares, penetraron en un *bar* fonda.

Bill preguntó por el *Rancho de los Sustos*.

—Está situado en un paraje apartado del pueblo y bastante solitario... ¿Les precisa ir esta misma noche?

—Sí, sí!

—En tal caso les enseñaré el camino un mozo de mi casa...

Bill cambió con su amigo unas cuantas palabras en voz baja, y luego, encarándose con el amable fondista, preguntó:

—Podría usted proporcionarnos prendas de vestir propias de un rancharo...

—Puedo por lo menos indicarle dónde pueden hallar la ropa que necesiten.

—¿Dónde?

—A veinte pasos más arriba de aquí, y en la misma acera...

III

Un cuarto de hora después los dos amigos, vestidos a la usanza de los *cow-boys*, llegaban a las cercanías del rancho.

Habían logrado convencer a la linda Marión de que no los acompañase en aquella excursión nocturna, y se alojara en la fonda cuyo

dueño tan amable se había mostrado para con ellos.

Bañado por la plateada luz del astro de la noche, en medio de un silencio completo, el rancho ofrecía un algo de misterioso.

Encontraron un hombre que se acercaba a la finca, pero antes de entrar en ella le preguntó Bill:

—¿Va usted al *Rancho de los Santos*?

—Sí, señores! ¿Por qué lo preguntan?

—Porque nosotros también vamos.

—Les advierto que su propietario Buffalo Bob no se encuentra hoy allí...

—¿Su propietario no es Buffalo Bob?

El hombre hizo un gesto de extrañeza al oír tan inesperada afirmación, replicando:

—Está usted sin duda mal informado! Yo hace varios años que presto servicio en ese rancho... ¡Y ojalá me hubiese roto una pierna cuando me presentó en él solicitando trabajo!

—¿Por qué? —inquirió nuestro marinero no queriendo todavía darse a conocer...

—Sería muy largo de explicar y, por otra parte, lo que yo puedo decir a este respecto carece de interés para usted.

—¿Al contrario! Precisamente tengo mucho interés en conocer los motivos de su descontento.

—¿Demuéstrelo usted!

—¡Voy a complacerle! Está usted hablando con los nuevos dueños del *Rancho de los Santos* —dijo Bill sonriendo.

Su interlocutor retrocedió un paso, exclamando:

—¿Es posible?

—¡Es absolutamente cierto!

—¿En tal caso, me alegro con todo mi corazón! ¡Conque ya no es el *Paseo* mi amo! ¡Enhorabuena! ¡Que el infierno lo trague! Es el sujeto más embancador y granuja que pueda existir bajo el sol. ¡Un perfecto y redomado bribón!

«A todos nos debe tres meses de salario... Apenas si nos daba de comer... y en cuanto al trato que nos daba, ni qué fuéramos bestias...

«En fin, no hay mal que cien años dure... Ahora cambiarán las cosas, ¿no es cierto?

—Así lo creo también... ¡Adelante!

Resumieron la marcha, y al cruzar por delante de un exiguo y mezquino alfalfar, como viera pastando en él un caballo, Bill preguntó:

—¿De quién es ese corcel? ¿De Buffalo Bob?

—No. Su amo falleció hace unos quince días, vivía en aquella vieja y desconchada casucha, y desde entonces, nadie ha reclamado al animal...

—¿Ahora voy yo por él?

—No, Bill! —se opuso su camarada.

—¿Por qué?

—Los muertos se han de respetar...

Claro que sí... Pero ese caballo no tiene amo y yo quiero cuidarme de él. ¡Soy un magnífico jinete! ¡Un centauro! ¡Ya verá!

Esto diciendo se acercó al bruto y de un salto se acomodó sobre su lomo.

Pero el caballo, irritado acaso porque interrumpían su nutritiva tarea, dio unos cuantos brinco de carnero, derribando a su jinete.

El batacazo fué de órdago, pero sin otras consecuencias peores.

Chub corrió en auxilio de su camarada, algo alarmado; sin embargo, al ver que se levantaba con pru-

texa, lanzó una sonora risotada, exclamando:

— ¡La verdad es que eres un fi-
ticle sin rival, un auténtico y pro-
digioso centauro!

IV

Unos minutos después entraban en la finca. Como ya hemos dicho, hacia una noche en que la claridad de la luna permitía ver las cosas igual que si fuese pleno día, los flamantes propietarios del *Rancho de los Santos* pudieron percatarse, doquiera que dirigían la vista, de la desidia, la miseria y el descuido que en él reinaban.

Daba la impresión de una inmensa casa de campo que hubiera sido visitada y saqueada y estropeada por una pandilla de forajidos, o que no hubiera conocido el esmero y el cuidadoso cariño de la mano del hombre en varios años.

No había mueble alguno que no estuviese deteriorado.

Pero la impresión de pobreza más desolada hallaronla los dos amigos en cierto aposento en donde, tendidos en el suelo, como las bestias, dormían varios individuos, emitiendo sonoros ronquidos.

Los visitantes no quisieron turbar el sueño de perro en que se hallaban sumidos aquellos hombres.

El que los guiara hasta el umbral de aquella cuadra, pues no se le podía llamar dormitorio, tales enterado del hambre que los hacía pasar el execrable *Puma*.

Anhelando descansar, nuestros

marineros se retiraron a la estancia que ocupaba Buffalo Bob las raras noches que pernoctaba en el rancho.

La fatiga les proporcionó unas cuantas horas de sueño sossegado y reparador.

Pero cuando sonaron las dos campanadas de la noche en el reloj del pueblo, despertóle a Bill un ruido confuso de voces furiosas.

Entonces despertó a su compañero que, restregándose los ojos, reflexionó:

— ¿Qué ocurre?

— Algo que me parece muy extraño... ¿No eres?

Chub escuchó unos instantes y, corroborando las palabras de su amigo, declaró:

— ¡Si que es sospechoso ese clamor de voces a esta hora! ¿Qué hacemos?

— ¡Ver lo que ocurre! ¡Sígueme! Lo malo es que no tenemos armas ni creo que ninguno de los miseros moedores de este rancho posea tampoco un mal revólver!

Las vociferaciones eran cada vez más fuertes y llegaban tan distintamente a los oídos de Bill y Chub, que se hicieron cargo de lo que ocurría sin temor a equivocarse.

En tanto habían abandonado la



... lo sujetó por la garganta.

estancia, deslizándose por unas carcomidas escaleras a la planta baja.

Una vez aquí y al través de una ventana sin cristales pudieron cerciorarse de que sus sospechas eran ciertas...

Varios hombres armados de un revólver escoltaban a media docena de personas, sin duda viajeros del *auto* que se veía parado cerca, y las iban desvalijando una por una.

Tratábase, pues, de una auténtica cuadrilla de atracadores que tenía su guarida en el mismo *Rancho de los Sustos*, y la cual, de al-

gún tiempo a aquella parte, llevaba cometidas unas cuantas fechorías tan audaces como lucrativas.

La sospecha de que el *Papas* no era ajeno a la execrable actividad de aquella pandilla, cruzó por la mente de Bill.

La cólera y la indignación le abrazaban la sangre, lo mismo que a su amigo... Pero, ¿qué podían hacer ellos para evitar aquella infamia, indefensos contra los bandidos, armados de un mortífero revólver?

Si intervenían, ello hubiese equivocado a sacrificar temeraria e inútilmente la vida...

Acordaron, pues, alejarse del *Rancho de los Sustos* y presentarse en Wyoming requiriendo el auxilio de la autoridad o del vecindario para dar caza a los facinerosos...

Quizás una feliz casualidad hiciera que su desvelo diese el resultado anhelado...

Pronto, empero, se convencieron de lo contrario, pues el mismo *auto* en que viajaban las víctimas fue utilizado por los atracadores para escapar con el botín...

V

Aquel suceso, al conocerse en Wyoming a la mañana siguiente, constituyó la nota sensacional del día, el tema, obligado de todas las conversaciones...

Bill y Chub pasaron la tarde en el citado pueblo, llamando la atención y suscitando sospechas. No faltó quien supuso que tal vez formaban parte de la gaviota de bri-

bones cuya hazaña era comentada con tanta cólera por todo el mundo...

Por supuesto que esa calumniosa especie no llegó a oídos del rudo, honrado y bravo marino, proporcionándole la ocasión de demostrar sus magníficas aptitudes de boxeador.

Apresurámonos a decir que antes

de anochecer no había un solo habitante en Wyoming que no supiese la verdad, o sea que los forasteros eran dos marineros de la Armada que habían adquirido el *Rancho de los Sielos*.

El día siguiente transcurrió para los amigos placentero y alegre.

Marion, la bella y simpática muchacha que tan importante papel desempeña en el desarrollo de esta historia, vislumbraba el porvenir con las perspectivas más radiantes.

Veíase ya dueña de un rancho, en el que ella tendría un bonito jardín, como compañera fiel y obediente de un hombre tan arrogante y guapo como el que un bendito azar hiciera conocer en Brooklyn...

¡Qué sossegada, holgada y dichosa se sentiría su existencia si llegaban a realizarse esos sueños!...

Los pensamientos de Chub no eran menos placenteros y halagadores.

Su camarada le había entregado cuatro mil dólares, quedándose él unos cientos y la posesión del rancho, y con ese enorme caudal—para él era una riqueza fantástica—, pensaba adquirir una carpintería y trabajar por su cuenta...

Ni uno ni otro pensaban siquiera en que el deber los llamaba a reintegrarse a la Armada...

Pero si habían olvidado el servicio, tenían bien presente la hazaña cometida por los bandidos, y recordaban las siniestras cataduras de algunos de ellos...

Cuál no sería, pues, su alegría y su sorpresa aquella tarde cuando, hallándose en el rancho, divisaron un auto que se acercaba trepidante y veloz, deteniéndose pocos segundos después a la entrada y apeán-

dose de él dos de los malisines de marra.

—¡Por Júpiter! ¡El cielo nos envía a esta pareja de lunáticos! ¿Qué buscarán aquí?

Los salió al encuentro. Los gallos le asestaron una torva y truculenta mirada, ordenándole:

—¡Avisad a Buffalo Bob que deseen verlo dos amigos!

—Ah! ¿Son ustedes amigos del *Puma*?

—Amigos íntimos... ¿Está en el rancho?

—No.

Cruzaron una mirada interrogadora la pareja de granujas, y uno de ellos preguntó:

—¿Cuándo regresará?

—¿Aquí?

—Naturalmente!

—¿Nunca!

Con un asombro creciente, por ignorar el desastre que el *Puma* sufriría en el bar de Brooklyn, el bribón que hablaba con Bill bhallucó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Me ahorraré palabras diciendo que soy el propietario de esta finca... y que sé quiénes son ustedes.

A continuación con una rapidez pasmosa sacó el revólver gritando:

—¡Manos arriba! ¡Obedeced u os mato como a perros!

Lívidos de espanto, los bandidos levantaron los brazos.

—¡En marcha! Yo iré detrás de vosotros, como la otra noche ibais detrás de los viajeros que desvalijabais. ¡Ah, ah! ¡Habéis caído en la trampa, miserables! Y probablemente acabaréis en la silla eléctrica... si antes no me obligáis a acorillarlos a balazos...

Poco después los dos malhechores, atados fuertemente de pies y

manos, se hallaban encerrados en un aposento del rancho, y al cabo de una hora se presentaban varios agentes de la policía, que Chub había ido a buscar a Wyoming, haciéndose cargo de ellos.

El jefe de aquellos policías, antes de marcharse con los presos, preguntó al bravo marinero:

—¿Cómo se llama usted?

—Bill Corbitt!

—Eh! ¿Qué dice usted?

—Mi nombre honrado y verdadero!

—En tal caso lea usted—dijo alargándole una carta.

Los afónitos ojos de Bill leyeron:

«Orden del Almirantazgo, número 237.

«Los marineros Barnet y Corbitt quedan separados del servicio por orden superior. Pero caso de ser hallados, deberán presentarse en la Comandancia, voluntariamente o a la fuerza.»

Los dos camaradas se apresuraron a obedecer; pero una semana después recobraban alegres y dichosos la libertad. Y hoy el *Rancho de los Suspiros* es un verdadero vergel, un pequeño eden, en el que viven felices con dos preciosos niños Bill Corbitt y Marión David.

F I N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL SECRETO DE LA MINA

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 16. El «Guapo del rancho K.» |
| 2. Contra viento y marea. | 17. Los falsificadores. |
| 3. El valle del misterio. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 4. El rey de los jinetas. | 19. Veloz como el rayo. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 20. Perdido en el desierto. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 21. Los cuatreros. |
| 7. La ley del tortazo. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 8. El culpable. | 23. Por defender a una mujer. |
| 9. De señorito a vaquero. | 24. El fantasma del rancho. |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 25. De cara a la muerte. |
| 11. Ladrones de ganado. | 26. Buscando la revancha. |
| 12. El valiente. | 27. Astucia rural. |
| 13. El «Pirata del Desierto». | 28. Armando gresca. |
| 14. El crimen ignorado. | |
| 15. La ley del revólver. | |

Se vende en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Plateros gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona